III Trimestre de 2009
"Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan"

Lección 12
(12 al 19 de Septiembre de 2009)

La carta de Juan a la Señora elegida

Dr. José Carlos Ramos

Estamos en presencia del menor documento del Nuevo Testamento, sino de toda la Biblia. Sin embargo, eso no le resta importancia; comparo a la segunda epístola de Juan con una yema de huevo: pequeña, pero sustanciosa.

Tal como sucede en 1 Juan, la amonestación apostólica en la epístola siguiente fue entregada frente a problemas generados por los disidentes que, de vez en cuando, visitaban a la congregación a la cual Juan se estaba dirigiendo. Dejando de lado el hecho de que, tal como se afirma en el comentario de la primera lección de este trimestre, lo más probable es que la "Señora elegida" del versículo 1 personifique a una congregación local y no a una determinada persona (ver también la nota que acompaña a la primer pregunta de la lección correspondiente al Domingo); también puede considerarse que ambas cosas puedan ser pretendidas, a la luz de lo que encontramos en *Los hechos de los apóstoles*, p. 442. No obstante, lo importante es que la amonestación allí insertada involucra el ejercicio de la verdad y el amor, manifestado en la obediencia a los mandamientos de Dios, esto es, una vivencia en la doctrina de Cristo.

La vivencia implica perseverancia, lo que se sobreentiende en el empleo de los verbos "andar" (tres veces, versículos 4 y 6), y "permanecer" (también tres veces, en los versículos 2 y 9), en la forma negativa de éste ("no permanece", versículo 9), en referencia a los disidentes que se habían desviado de la fe a los que Juan se estaba refiriendo. Ellos no habían perseverado en la doctrina y ahora estaban empeñados en que otros miembros hicieran lo mismo. Es muy triste cuando una persona apostata y abandona a la iglesia y a sus antiguos compañeros en la fe; pero más deplorable aún es que, poniéndose al servicio del enemigo, permanece instigando a que otros hagan lo mismo.

Al igual que se lo emplea en 1 Juan, "andar" aquí tiene el sentido de avanzar, progresar, proseguir. Es innegable que la perseverancia es la clave del éxito, del triunfo en cualquier emprendimiento, y no es muy diferente en los asuntos espirituales. De ahí la apelación del escritor, expresado en 2 Juan 8 como centro temático de la epístola: "Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo". ¿De qué sirve nadar y nadar para acabar en la playa?

Damos gracias a Dios porque el Espíritu Santo obra en nosotros para hacer que perseveremos. Si no nos resistimos a Él, no sólo nos garantiza el conocimiento de la verdad

(Juan 16:13), sino también la permanencia en ella tanto como la permanencia de ella en nosotros, y eso para “siempre” (2 Juan 2), pues Él ha venido para estar con nosotros “siempre” (Juan 14:16). Así, no es coincidencia que el Espíritu Santo haya sido identificado no sólo como “el Espíritu de verdad” (Juan 15:26), sino como la propia Verdad (1 Juan 5:6). En síntesis, la verdad permanece en nosotros para siempre, y nosotros en la verdad, porque el Espíritu Santo nos ha sido dado para estar en nosotros para siempre. Negar esto sería negar la verdad.

En amor y en verdad

Tal como nos lo recuerda la Lección, el amor, para ser verdadero, tiene que ser calificado por la verdad. Agregaría que también la verdad necesita ser calificada por el amor para alcanzar su propósito. Dios es tanto amor (1 Juan 4:8, 16), como Verdad (Juan 14:6; 1 Juan 5:6), y ambos, unidos, proceden de Él.

Únicamente en el diccionario “amor” debería estar lejos de “verdad”. Ellos necesitan estar íntimamente asociados, especialmente en lo que respecta a la vida cristiana. Porque siempre estuvieron asociados en la persona de Jesús. Si, tal como Pilato, preguntáramos “¿Qué es la verdad?”, una respuesta no solamente correcta, sino profundamente significativa, sería: “Es la revelación de Dios en Jesucristo”. Y si igualmente preguntáramos “¿Qué es el amor?”, podría darse la misma respuesta: “Es la revelación de Dios en Jesucristo”. La verdad y el amor son las dos grandes columnas sobre las cuales se sustenta el carácter de Dios, y el Hijo de Dios vino a este mundo a revelárnoslas.

Por lo tanto, es imperativo que, en Cristo, recibamos el “paquete” completo, no sólo parte de él. Tenemos que amar “en verdad” (2 Juan 1; 3 Juan 1), tanto como seguir la verdad en amor (Efesios 4:15). El amor, sin la verdad, y tal como lo expresa la Lección, no va más allá de una mera emoción, pudiéndose aún transformarse en un sentimentalismo enfermizo, egocéntrico, sensual, lo que acarreará consecuencias lamentables, tal como se nota en la presente condición del mundo, harto del “amor” sin verdad y hambriento de “verdad” con amor. La verdad, cuando está sola, se convierte en fría, rígida, radical, legalista, presuntuosa, intolerante. Sin amor, la verdad hiere más que enseñar, inquieta en vez de refinar, repele en vez de atraer, degrada en lugar de dignificar. No es raro que aquél que posea la verdad sin amor se vuelva petulante, agresivo y exclusivista.

¿Qué tiene que ver esto con nosotros como iglesia? ¿Alabamos a Dios por el conocimiento de la verdad por Él otorgada y la equilibramos con el amor? ¿Cómo procuramos adoctrinar a los que aún no conocen el Evangelio? Elena G. de White afirma: “Si el hombre tiene que ser convencido, debe presentársele la verdad tal como es en Jesús y apelar a su corazón. Cristo se rehusó a utilizar cualquier otro método, ya sea la compulsión, la restricción o la fuerza. Sus únicas armas son el amor y la verdad”. [1] “Sólo el gobierno satánico recurre al poder compulsorio”. [2]

Andar de acuerdo con los mandamientos (2 Juan 4-6).

---

1 Elena G. de White, *Review and Herald*, 28 de junio, 1898.

2 Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 706, 707.

Juan habla de su gozo por los miembros de la congregación que eran fieles a la verdad (versículo 4). La Lección observa que “es estimulante y animador, para los feligreses, escuchar que su anciano se regocija grandemente porque ellos están ‘andando en la verdad’. Los anima a seguir su vida cristiana”. [3] La alegría del anciano era una evidencia para ellos de que su líder era celoso, y que se preocupaba con el bienestar y el progreso espiritual de la iglesia y que, por ello, los tenía en alta consideración y estima y eso los animaba.

Esta manera de ser y sentir debería caracterizar a cualquier persona que esté desempeñando alguna función en la iglesia. Desgraciadamente, no todos parecen estar movidos del mismo sentimiento. Hay líderes, por ejemplo, que hacen la “vista gorda” a los problemas espirituales que hay entre los miembros, únicamente para evitar alguna clase de posible confrontación o simplemente porque no les importa demasiado cómo andan las cosas; optan siempre por el camino más fácil. Otros, se van al otro extremo: actúan sin consideración, sin amor, queriendo imponer su liderazgo en forma de una autocracia represiva y arbitraria (posiblemente Diótrefes era un líder así, ver la próxima lección).

Ninguna de estas opciones es buena. Tendremos que dar cuentas a Dios en cómo hemos ejercido el liderazgo cristiano. No exageramos cuando destacamos la importancia del ministerio de un líder espiritual, sea asalariado o no. Si, por un lado, hay recompensas inimaginables les aguardan a aquellos que cumplen fielmente con la misión que les ha sido confiada, hay un castigo severo que les será aplicado a aquellos que fueran negligentes y acarrearen daño a la iglesia. Dios nos libre de hacer el papel del “siervo malo y negligente” (Mateo 25:26-30).

Pese al hecho de que algunos más quisquillosos se opongan a una posición más firme adoptada por la dirección de la iglesia frente a alguna situación problemática, los miembros generalmente se decepcionan y lamentan cuando el pecado no es considerado lo suficientemente en serio. Se sienten animados en la fe cuando se toman las medidas necesarias para la corrección del error, lo que confirma la verdad en sus vidas.

Hay algo más que me llama la atención en el versículo 4. Aunque lo que Juan haya dicho con respecto a su alegría se pueda aplicar a los miembros en general, el escritor definidamente no afirma que *todos* allí andaban en la verdad; esto nos hace recordar que no hay una iglesia perfecta. Eventualmente, en aquella congregación, algunos podrían estar obedeciendo a “espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1), lo que –entrelíneas– supone la obra de los disidentes.

Por lo tanto, Juan refuerza su llamado a favor de la unidad. Para ello, insta a que “nos amemos unos a otros” (2 Juan 5). El amor fraternal es, en efecto, la característica predominante o decisiva de la comunidad cristiana (ver Juan 13:34, 35), el lazo que estrecha a los creyentes en una gran familia. El enemigo, a través de los disidentes, se estaba empeñando en romper ese lazo, razón por la cual el apóstol los exhorta a permanecer leales a la verdad la que, desde el principio, habían recibido del Padre.

La Lección hace notar que, en los versículos 5 y 6, el autor alterna el singular y el plural de “mandamiento”, el primero en alusión al amor fraternal y el segundo a lo que el

---

[3] Ekkehardt Mueller, *Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan*, p. 147.

Decálogo especifica; todo ello, evidentemente, impelido por el amor que "se demuestra guardando los mandamientos de Dios". [4]

No es por casualidad que, entre los escritores del Nuevo Testamento, haya sido el "apóstol del amor" quien –proporcionalmente– más haya insistido en el imperativo de guardar los mandamientos como evidencia de la verdadera vida cristiana. La Ley de Dios es la Ley del amor, y sin que éste último esté presente no hay modo en que, según el ideal divino, se obedezca a lo que nos es requerido. *Nadie jamás guardó la Ley como Jesús porque, finalmente, nadie amó jamás como Él.*

Ir más allá de la enseñanza de Cristo (2 Juan 7-9)

Juan hace la tercera alusión directa a los disidentes que perturbaban a la comunidad cristiana que él conducía. En la primera, él los llamó *anticristos* (1 Juan 2:18-23); en la segunda, *falsos profetas* (1 Juan 4:1-3); y aquí, la tercera, de *engañadores*. De cierta manera, las calificaciones equivalen y denotan la intensidad del engaño y la perversidad que involucraba la obra de los disidentes. De estas tres, la peor es, sin duda, la primera, tal vez por ello aparezca también en la segunda y tercera alusiones: los falsos profetas y los engañadores eran movidos por "el espíritu del anticristo" (1 Juan 4:3), y eran el propio anticristo (2 Juan 7).

Entre otras herejías, los disidentes afirmaban que Jesús no había venido "en carne". En cuanto al sentido de esta postura, remito al lector al comentario correspondiente a al primera lección. Juan anhelaba que los miembros de la iglesia permanecieran firmes a la "doctrina de Cristo". El término, en singular, tiene que ver, tal como lo registra la Lección, con la enseñanza de los apóstoles acerca de Jesús, es decir, el mensaje del Nuevo Testamento en general, y de los cuatro Evangelios en particular. El término en el plural, *doctrinas*, involucra aquello que Jesús vivió y enseñó, cuyo contenido se basa en toda la Biblia, pues ésta testifica acerca de Él (Juan 5:39).

¿Es importante la doctrina (o las doctrinas), si somos salvos exclusivamente por la fe en una persona, Jesucristo? La Lección responde que sí. Las doctrinas bíblicas no son otra cosa que una revelación del propio Cristo; Él las encarnó y las reveló a través de su vida y enseñanzas. Entonces, ¿dónde reside el problema de ir más allá de la doctrina de Cristo? ¿Dónde está el riesgo de actuar de ese modo?

Pues bien, tenemos que entender que la revelación de Dios en Cristo y por Cristo fue absoluta, completa y final, razón por la cual es normativa en el sentido en el que todo conocimiento genuino de Dios depende de ella y armoniza con ella. Eso significa precisamente que no hay ninguna revelación desconectada de Jesucristo, pues Él es la fuente de la revelación divina en cualquier época. Además, Él mismo vino hasta nosotros trayendo la "última palabra".

Por lo tanto, cualquier declaración que no se ajuste al mensaje bíblico, esto es, a aquello que está registrado acerca de quién es Jesús y cuál es su enseñanza (lo que Él reveló de sí mismo, de Dios, de la salvación, etc.) debe ser rechazada sumariamente,

---

[4] Mueller, p. 147.

porque *va más allá de Él* y de lo que Él ha revelado; por lo tanto es *diabólica*, y fatalmente resultará en ruina eterna.

Es en ese sentido que Jesús afirmó que "todos los que vinieron antes de mí [o sea, los que me enfrentaron, los que se antepusieron a mí, los que me suplantaron], son ladrones y asaltantes" (Juan 10:8). Esta es una denuncia por demás vigorosa, enérgica, inexorable, intimidatoria, pero ¿podría ser más blando Jesús? ¿Puede haber una obra más diabólica que robar del reino de Dios al Ser más precioso?

Todo disidente debería pensar seriamente en eso, y pesar las consecuencias de las falsas enseñanzas que está propagando, o en la actitud de levantarse en contra de la verdad. Puede ser que, por la misericordia divina, el disidente se arrepienta y reconcilie con Dios y con la iglesia, pero ¿y aquellos que la disidencia apartó y que ya no retornan? ¿Quién responderá por ellos?

¿Abstenerse de ser hospitalario? (2 Juan 10, 11)

La Lección deja bien en claro que lo que Juan está requiriendo en el versículo 10 no conspira contra la práctica de la hospitalidad que los cristianos están bíblicamente orientados a cumplir. La cuestión aquí es otra, el apoyo a los falsos maestros, algo serio que, evidentemente, no podría ocurrir, especialmente con los líderes locales. Tal como asevera la Lección, "si uno de estos maestros propagaba falsas doctrinas, la hospitalidad se hubiera entendido como un apoyo a su posición y realmente hubiera sido una ayuda en su obra. Además, los feligreses que estaban vacilando entre la enseñanza apostólica y las falsas ideas podrían haberse confundido o hasta podrían haber hecho decisiones equivocadas si hubieran visto a un miembro prominente de la iglesia permitiendo que un engañador se alojara con él". Malos entendidos como este debieran ser evitados a toda costa. Sobre el recibir a los disidentes que se levantan en contra de la verdad, Elena de White repita prácticamente lo que Juan escribió: "No le recibáis, ni le deseéis éxito". [5] "De los tales apartaos, no tengáis comunión con su mensaje…". [6]

La importancia de este delicado punto se puede ver al final del versículo 11, en el que el escritor afirma que quien alberga a un falso maestro "participa de sus malas obras". Tal como en el caso de un crimen, cualquier complicidad con el engaño hace al cómplice tan culpable como aquél que perpetra la obra de engañar. Al respecto, Pablo ya había advertido a los cristianos de Efeso (justamente el centro de la región en la que Juan ahora estaba ejerciendo su pastorado): "No participéis de las obras infructuosas de las tinieblas; antes denunciadlas" (Efesios 5:11).

La Lección también cita la opinión de algunos estudiosos de que el término "casa" del versículo 10 no haga referencia a una residencia propiamente dicha, sino al lugar de reunión, a aquello que hoy llamaríamos "iglesia". A propósito, un recordativo a nuestros queridos ancianos y líderes: no permitan que determinados personajes itinerantes que se dicen adventistas, y que deambulan de iglesia en iglesia, ocupen el púlpito con el pretexto de ser portadores de un importante mensaje que los hermanos "necesitan" escuchar. Excepto si son personas reconocidamente fieles a los principios que defende-

---

[5] Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 363.
[6] *Ibíd*., p. 357.

mos o que, no siendo conocidas, porten una recomendación del pastor de la iglesia de la cual son miembros, o mejor aún, de la directiva del campo del cual proceden, el púlpito no puede serles facultado sin el riesgo de que la congregación termine escuchando herejías. No olvidemos el hecho de que, una vez sembrada, la mala palabra producirá sus efectos, siendo mucho más difícil reparar el daño proveniente de ello; con respecto a esto se aplica lo que se acostumbra decir: Es mejor prevenir que curar. La Lección tiene mucha razón al afirmar que "la iglesia no [debe] animar a un maestro que [predique] herejías".

Comunicación mutua (2 Juan 12, 13)

Juan llega al final de su pequeña epístola. Como ya hemos considerado en el comentario correspondiente a la primera lección de este trimestre, los "hijos de tu hermana elegida" del versículo 13, representan a los miembros de otra congregación, posiblemente del lugar donde el escritor remite su carta. Sus palabras finales en el versículo 12 merecen ser consideradas:

"Aún tengo mucho que escribiros…"

Entre amigos nunca faltan temas para conversar, especialmente con respecto a la vida cristiana. Nos imaginamos que Juan todavía tendría cosas para comunicar; el contenido de la primera epístola evidencia que su mente estaba lúcida. Así, probablemente hablaría de las maravillas de la obra de Dios a favor de los pecadores, de los dones y recursos excepcionales provistos en la persona de Jesús, el Hijo Amado, para salvación de la raza perdida; las bendiciones del Evangelio… Con esto, intensificaría su amonestación con respecto a no dar albergue a los disidentes y sus falsas enseñanzas, para no perder las dádivas que había recibido de gracia y continuaban recibiendo. En otras palabras, Juan desplegaría lo que ya había expuesto en sus epístolas.

"…no quiero usar papel y tinta, sino que espero ir a visitaros…"

Los mensajes enviados por correo convencional o electrónico tienen su valor y lugar (la Lección expone cinco utilidades o ventajas de la comunicación apostólica escrita, entre las cuales yo destaco la tercer, la preservación del mensaje; si toda la conversación que los apóstoles tuvieron con sus iglesias fuera conservada exclusivamente de modo oral, ¿qué sabríamos hoy de las enseñanzas apostólicas? ¿Qué nos traería el Nuevo Testamento?).

Pero hay cosas que hace falta decirlas personalmente, para lograr un efecto más eficiente, y Juan estaba bien consciente de ello.

El apóstol declara su deseo de visitarlos; eso nos recuerda el hecho de que las personas que se aman necesitan estar juntas tanto como sea posible. La expresión de este anhelo demuestra cuánto estimaba Juan a su congregación. El casi se vale de los mismos términos en 3 Juan 13, 14.

…y hablar cara a cara…"

"Hablar cara a cara" es la traducción del original griego *stóma prós stóma*, "de boca a boca", lo que indica intimidad, una relación estrecha. Tal vez el escritor tuviera en men-

te la forma en la cual Dios habló con Moisés, según lo que se registra en Números 12:8, y así se expresa en tal sentido.

"…para que nuestro gozo sea completo".

En el versículo 4, el escritor ya había hablado de su alegría en razón de los que andaban en la verdad. Sin duda, saber eso había sido motivo de alegría también para estos. Ahora, visitándolos y conversando más íntimamente, aquella alegría mutua sería plena. Pues bien, un encuentro entre amigos que se estiman produce mucha alegría entre sí. Para los que aman a Dios, la oportunidad de un encuentro en su casa, para estar "en compañía de los justos y en la asamblea" es motivo de gozo (Salmo 111:1; 122:1). ¡Imagina lo que será cuando nos reunamos en el hogar eterno!

¿Qué podemos decir de aquellos que no sienten placer de asistir a la iglesia, alegando que prefieren vivir su religión en el hogar? Si no se alegran en la congregación con los compañeros de la fe aquí, ¿cómo se sentirán en el Cielo, cuando se produzca la gran Reunión con la Iglesia de todos los tiempos y lugares? ¿O será que no estarán allá?

Dr. José Carlos Ramos
Profesor de Teología
Universidad Adventista de San Pablo (UNASP)
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia

© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática